



JUNTA DE VECINOS DE MONTEVIDEO

CONFERENCIA DEL SR. JUAN ILARIA CULMINANDO EL CICLO "HONRAR A LA PATRIA EN EL TRABAJO"

SESION DEL 22 DE DICIEMBRE DE 1975
EN LA SALA DE SESIONES "ARTIGAS"
DE LA JUNTA DE VECINOS DE MONTEVIDEO

SR. PRESIDENTE DE LA JUNTA DE VECINOS DE MONTEVIDEO, SRES. MIEMBROS, SRES. FUNCIONARIOS, SRAS. Y SRES.

"Engrandecer la Patria por el Trabajo"... Este no es un simple postulado. No es tampoco literatura, para encabezar un tratado sociológico, con tendencia al culteranismo. Es una obligación que nos imponemos, como miembros de una comunidad histórica. El trabajo, sí, conforme a pautas modernas, a un concepto cabal de la función, tecnificada o tradicional.

Hay una relación, entre la patria y el trabajo, entre la filosofía del quehacer y el compromiso social, entre la dialéctica del esfuerzo orgánico y sistemático, aplicada a la jerarquización de los valores los cuales deben funcionar, sin artificios, en procura del bienestar colectivo y la aplicación inteligente del esfuerzo humano.

La patria, no es una entelequia platónica. No es una entidad abstracta. No es tampoco una institución, con un destino invariable. Es un conjunto de voluntades, con un signo distintivo, estructurado para preservar, contra el empirismo irreflexivo y el dogmatismo penoso, los bienes de la civilización.

La patria, es una suma de tradiciones (costumbres, ceremonias, espiritu público, ancestros, influencias telúricas, coeficiente cultural y procesos auto-creativos) a quien no se le pueden anexar, gratuitamente, mitos pintorescos ni folklore. La patria, es la representación del espíritu nacional, que no necesita que nuevos rapsodas, con sus cítaras ya mitológicas, reciten las hazañas épicas, casi homéricas, de sus antepasados. Vive de las gestas de sus mayores, tiene sentido de permanencia, en el tiempo de los hombres, asegura la vigencia plena de los derechos del individuo y estimula las posibilidades de una acción, sin ideologías retóricas ni humanismos tendenciosos.

La patria, es la garantía genuina, irrevocable, del ciudadano, protagonista lúcido del mundo político, según el concepto aristotélico.

Da, al sujeto, conciencia de sus derechos y prerrogativas; le infunde confianza en sus decisiones; le asegura la vigencia plena, de los valores éticos, en función, éstos, de la civilización y de las demandas de la cultura. La patria, es, al mismo tiempo, la vida patriarcal y la existencia idílica; es Cincinato y El Cid; los "álamos ciriales" de que hablaba Alvaro Figueredo y la llorada hierba de los entreveros; es la tacuara y el centauro de las cruzadas gauchas; es la escuela y el taller; el himno y la vidala; el ganado y la mies; el monte y el río; la aguda edad de nuestros muertos y el estuario que pulsa la edad de las aguas bautismales.

Por eso, la patria no tiene edad. Nació con el hombre que plantó su tienda nómade en la querencia; que luego hizo suya y con la que se identificó. Nació con la primera estrella, con las arenas mudas, con las murallas opuestas al invasor imperialista. La patria es la soledad de los campos y la alegría de la ciudad con relojes azules y rostros en silencio; es el júbilo y la nostalgia; el mar y el cerro, que tiene un ojo como el de Polifemo; es el padre viejo y sentencioso y el niño como de cristal; es el rancho sobre la loma, que otea el horizonte y el trigo que se hace oro, en mitad del día sacramental. Son las palomas de miel, que dijera el poeta y las playas sin lejanías; es el labrador paciente de las madrugadas lentas e inocentes y el estudiante que lee el "Poema del Mío Cid".

Desarrollemos, pues, el concepto de patria, que es un bien intrasferible y que transforma la necesidad del sujeto, en libertad. ¿Y como hacerlo? Trabajando honradamente por el presente, y preparando las condiciones necesarias para un futuro venturoso. Trabajando en **todos** los campos de la actividad, a todos los niveles, sin arredrarnos por el esfuerzo que importa la culminación de los planes. La historia económica del país, sigue el curso de las ideas liberales. No interesa la burocracia. Pero sí, en cambio, el éxito de las grandes empresas nacionales.

Por que no basta el trabajo cotidiano, con ser él muy valioso. Hay que desdeñar el empirismo. Además, hay que tener un estilo de vida comunitario, un pensamiento atento a la circunstancia histórica, un idealismo activo y no meramente especulativo. Nada de frivolidades, ni de perversión ideológica. Nada, tampoco, de abulia, de impiedad, sino de trabajo bellamente concebido y mejor realizado, para una auténtica integración de valores esenciales y para el ejercicio de una verdadera rectoría moral.

Se engrandece la patria, con el trabajo en las aulas, en el taller, en las fábricas, en la labor intelectual noblemente orientada.

No basta, no el discreteo imaginativo, sino que es imprescindible la técnica ejemplaridad de las grandes civilizaciones.

La patria, se enaltece, por el trabajo noble. Se influyen recíprocamente, el medio y el hombre, con sus recursos habituales y aún trascendiéndolos. Pero no se trata de crear una mística, sino de esforzarnos por ser cada vez mejores, sin ajustada pre-figuración a las fórmulas ortodoxas. Hay que afianzar la voluntad de acción, para asegurar la vigencia intemporal de los bienes de la patria, de su valioso patrimonio.

Constituímos un país magníficamente dotado, para un desenvolvimiento armónico de nuestras posibilidades.

Entonces pues, lo que corresponde, es aplicarnos a la tarea. Es innegable que la actividad expansiva de nuestra cultura, no sufre ya del

galicismo mental. Por eso nuestra Universidad da, diariamente, testimonio de su evolución institucional y científica y los obreros se superan en la técnica y en el esfuerzo productivo.

Y vamos al mar, no al mar violeta que cantó Homero, sino al que nos servirá para usufructuar la riqueza ictícola.

Tenemos empresas estatales, que van abandonando las viejas pautas, para engrandecerse en la conquista de posiciones audaces. Logramos aunque sea laboriosamente, mercados. Sustituímos el rancho, ya anacrónico, por la casa. Combatimos el latifundio improductivo. Diversificamos la producción agrícola; abrimos rutas. Y si hay mansiones de lujo, ellas no son ostentosas ni constituyen una afrenta para los menos pudientes. La previsión social se moderniza, de acuerdo a los principios más recibidos, en la materia.

Ya no necesitamos, lo que un sociólogo denominaba "el anglicismo agro-pecuario y el galicismo arquitéctonico".

Se trabaja, también, por la patria, realzándola en las diversas fases de su evolución. Y si la educación física, puede parecer a algunos mero pasatiempo, sin Píndaros criollos que exalten a los triunfadores, como en la antigua Grecia, debemos entonces proceder a una revisión de ese concepto. Por que antes había, en esa disciplina de indudable valor social, personas de anquilosada ingenuidad, que no comprendían el valor de las justas deportivas. Hoy, felizmente, la juventud, se da perfecta cuenta de que pueden alternar sus estudios, con las competencias, de noble emulación. Y mientras en los gabinetes, trabajan los hombres de alta sabiduría, sin responder a consignas sectarias y revisten cada una de sus palabras, del resplandor apodíctico de lo bello, los jóvenes, con una voluntad de poder, conviven en la pura tarea de demostrar, su capacidad, para nuevas formulaciones del valor de la vida, sin caer, por ello, en una entrega dionisíaca, a la manera de Nietzsche.

Allá, los viejos sofistas, aquí, los que quieren un Uruguay con otra dimensión histórica. Amar la vida, es engrandecerla. Y amar la patria, sin turbación, en acto de fe, con el pensamiento vivo, sin necesidad de

cultivar una sensibilidad matemática, pero sí, atento a nuevas problemáticas, donde se une, al cartesianismo, la intuición, y la vida, la circunstancia, la experiencia, la filosofía histórica, es un grato, ineludible deber.

No se puede infundir vida a la patria, solamente con intenciones. Para engrandecerla, hay que trabajar, sin la vana nostalgia de épocas míticas. Trabajar sin pausas, para atender la memoria de las nuevas edades, de intensa dramaticidad.

Esta patria nuestra, joven, con apetencias legítimas de gran nación, dentro de los recursos que le son propios, va organizando, sin convencionalismos, su futuro, va capacitándose para empresas ecuménicas. Honra, así, a sus héroes, a los que forjaron la nacionalidad, a los que crearon la epopeya artiguista y post-artiguista.

Tengamos confianza en nuestras posibilidades, porque los uruguayos, somos conscientes de nuestros deberes; conocemos nuestra capacidad de recuperación; el proceso autocreativo, recién comienza.

No se trata de construir nuevas Pirámides egipcias, para glorificación de Faraones de distintas dinastías, ni de fundar Ordenes, para crear un tipo de sociabilidad hedonista, que sea un incentivo, para la solución de los problemas del vivir cotidiano, sino de actuar, con formas vivas, no estereotipadas. Se quiere sí una relación con la expresión espiritual del pasado y con las demandas crecientes del porvenir.

La ausencia de historia es barbarie, pero la falta de estímulos, para crear una historia activa, es insensibilidad. Las sociedades se forman, en función de la vida de los pueblos, pero éstos, con un comportamiento digno de su pasado, de sus ideales de vida, de sus élites dirigentes, del desarrollo de su capacidad de producción, son los que han de sustentar los principios rectores.

Cuando nos identificamos con la patria, no es por que establecemos un nexo convencional o precario con ella, sino por que la amamos y la reverenciamos. La patria se advierte en su luz, en sus entes atmosféricos,

en sus rosas, en su imposición telúrica, en los días que comparecen sobre los muertos. Pero no es espectáculo. Hay que honrarla, más allá de aquellos ritos a que aludía Fustel de Coulanges, en "La ciudad antigua". No importa la línea azarosa de una época, por que la patria, sale al encuentro de todas las visicitudes. Es la vida reflexiva, sin fatalismo vital, que descubrimos cada día, para nuevos y altísimos logros.

No tenemos selvas ni montañas. No nos comprometen desmesuradas exigencias históricas. Por Decreto, no vamos a constituir epicentros de irradiación cultural. Como el hombre medio de nuestra colectividad, es inteligente, no sufrimos causas segregadoras del "status" ideal. Ni desarticulamos la economía ortodoxa.

La civilización humana, en nuestra área territorial, que procede de los valores latinos (étnicos, lingüisticos, culturales) regulan un comportamiento públîco, que hace bien al espíritu, centro receptor de manifestaciones desinteresadas.

El determinismo subjetivo del hombre, provoca un tiempo histórico, que no podemos subestimar.

Y ese tiempo, es el que debemos aprovechar para fijar nuestro pensamiento sobre los problemas más acuciantes: una gran civilización agrícola, la tecnificación rural, la exploración del subsuelo, la electrificación creciente, la explotación intensiva de los recursos naturales, la búsqueda de yacimientos, la intensificación de la construcción, la descentralización industrial, el cultivo de las bellas artes. Y todo, sin clanes dominantes, sin instituciones aristocráticas, como las de la antigua Babilonia, como también sin triadas religiosas o complejos de divinidades.

Lo que importa, ante todo, es la conciencia de nuestras responsabilidades.

La cultura, que es impersonal, también contribuye al desarrollo de un país. Nosotros tenemos una gran cultura ambiente, pero para acentuarla, es preciso la concurrencia de diversos elementos que la caracte-

ricen y la impongan. Conviven, en la cultura, la clave de la visión existencial y el gozo, la apertura de posiciones dialécticas y una filosofía de la conducta social. El ejercicio de la cultura, es un acto de independencia, que tiende, empero, a servir a la comunidad. Si el asombro, según Platón y Aristóteles, fue el origen de la filosofía, el deseo de ser más dignos de nuestra condición de hombres, sin interferencias escolásticas, la cultura, es el rasgo saliente de la inteligencia creadora. Por que cultura, no es simplemente erudición, sabiduría, repertorio de conceptos, sino nuevos hábitos mentales, desenvoltura analítica, expresión acorde con el espíritu, admiración reverencial por todas las posibilidades del ser. Es la defensa de la subjetividad y de todo contenido crítico y didáctico, la creación de un mester.

Y el hombre que, por su posición intelectual y social por su interpretación personal de los valores cósmicos, crea cultura, se debe al pueblo, no para la polémica doctoral, no para una docencia magistral, sino para orientar a las masas, para fundar un sistema de ideas. Ya no existen Cortes ducales, las Logias aéreas que alzó Benedetto de Maiano, Princesas de Velázquez, ni aquel Arezzo de treinta centurias atrás, donde vaga la sombra de Petrarca. Ya no hay Universidades de teología y de humanismo clásico, como las de Salamanca, donde Fray Luis de León ejercía una especie de santidad, frente al agnosticismo de algunos grupos. La cultura ha ido avanzando. Y el Uruguay, que ha tenido altísimos valores en todas las manifestaciones del saber (Carlos Vaz Ferreira, José Enrique Rodó, Clemente Estable, Juana de Ibarbourou, Soca, Delmira Agustini, Julio Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, Ricaldoni, Morquio, Zorrilla de San Martín, Juan Manuel Blanes, Cúneo, Torres García, Isidoro Ducasse –Conde de Lautreamont– Laforgue, Supervielle, Bauzá, Ramírez, Hidalgo –el primer poeta gauchesco del Río de la Plata–) Larrañaga y cien más, es puede decirse, un país de milagros.

Estamos estimulando la investigación desinteresada; abrimos Conservatorios, alentamos a la juventud a escribir, pero también a meditar, el Estado se convierte, en cierto modo, en Mecenas, a la manera de los de la antigüedad latina y griega y del Renacimiento italiano, analizamos componentes vitales de la Ilustración y contribuimos, con la cultura y el conocimiento desinteresado, a mejorar la condición humana.

El Uruguay, antes del año 2.000, será, de nuevo, la Atenas del Plata, país de égloga, pero también con un destino incanjeable, gravitando, sin floripondios tropicales, sobre un continente que se alza, ya protagonista de la nueva historia, para cumplir la alta misión reservada a las generaciones que nos seguirán.

El nuestro, es un gran país, Honrémosle, pues, constantemente, no con el culto ceremonioso, ni con la plácida parsimonia de los ritualismos, sino con el técnico enfoque que gana la calle. Y ante todo, con el trabajo, que es la obligación primera del hombre, desde los albores de la civilización, antes de Jesucristo, ya en la India y China; en el Egipto que honra y fertiliza el Nilo, así como en el Egeo poético.

Si construímos un nombre, Uruguay, con él, construímos también un destino sociológico. Ha de terminar la abulia, el criollismo lánguido, la capacidad de fabulación. Las sombras mayores, nos inspiran. No seremos buceadores de técnicas gratuítas, sino incitadores, para lograr el bien colectivo. Uruguay es búsqueda, es holocausto, es amor (no el "profanum vulgum" horaciano).

Procuremos que las normas vivenciales y morales subsistan. Porque como dijo alguien, la moral no se instituye, sino que vive y se crea y se recrea continuamente. La patria es un valor y una realidad en si misma. Existe como noción programática, como pensamiento, como compromiso, como acto de fe, como paradigma ideal.

Entonces, la patria es implícita a la calidad del ciudadano, sin correspondencia misteriosa con grupos esotéricos. Es vida representativa y simbólica, forma mental de un concepto humanista. Más que una conciencia mítica, la patria, ubica, con su signo, al hombre en el universo de todos los días.

Terminamos esta breve exposición, con las imágenes de un poeta, que caló muy hondo, en la luna de espuma voladora: Luis Ricardo Furlán. Decía: "Viene el pulso midiendo la distancia, entre el leño y la fragancia". Esto es, el leño guardador y penitente de la llama y la fragancia que, en el aire, se hace milagro de campana.

D.L. N° 106.738/76

I. M. de M. SERVICIO DE IMPRENTA